

La mamá

Le habíamos llevado, a pedido de la Mai, una bombacha y un pañuelo de mamá, el anillo de bodas y dos botellas de ron. El ron significa la fe, la bombacha y el pañuelo lo que corta la incontinencia, y la argolla de oro no nos explicó.

La Mai recibió los objetos, destapó la botella de ron con los dientes, escupió la tapa, volvió a escupir, se arrodilló frente a una escultura pequeña que cualquiera hubiera confundido con un vulgar enano de jardín, le puso (al enano) la bombacha en la cabeza como un gorro y tapó toda la figura con el pañuelo. Musitó algunas palabras que no entendimos mientras tomaba de un solo trago la botella de ron. Apoyó el envase vacío en el suelo, eructó y se inclinó ante el enano hasta que su frente tocó el suelo.

Unos días más tarde le contábamos a la Mai que mamá ya no se hacía más encima. También tuvimos que reconocerle que no se babeaba tanto como antes, pero ahora, en cambio, estaba hinchada como un globo, lo que el

médico del Pami diagnosticó retención de líquidos. La Mai bufó. Al rato se le escuchó decir algo así como “vieja puta”, acaso contra el diagnóstico médico o pudo ser por nuestra falta de fe. Dijo que era el ego. Que el ego de mamá era enorme, que había que desinflarlo. Recomendó que le lleváramos sus vestidos y sus tapados, que vendiéramos la mitad de sus joyas y le entregáramos a ella la mitad del dinero producto de la venta y las joyas restantes. Nos pidió 2 botellas de Kalhúa, que explicó que hace aflorar la verdadera personalidad.

La Mai está internada en el Hospital Pirovano. Dicen que tomó un remedio y se le mezcló con lo que tomaba durante los trabajos, que sufrió un ACV y se cayó por la escalera. Mamá se recuperó y gracias a Dios anda muy bien, pero ya no sé si podría volver a confiar en la Mai Tutuna, porque es raro, teniendo tanto poder que no se haya podido cuidar a ella misma.

Roberto Gárriz



“Miliagro” - Nora Martínez

Kafka y sus precursores

“En el vocabulario crítico -decía Borges- la palabra precursor es indispensable”. No sin asombro, en el suplemento ADN de La Nación leí hace unas seis semanas una nota de Javier Marías que repetía con desparpajo nuestro tema “madre” del número 13. A la semana siguiente, Beatriz Sarlo recordaba a Macedonio Fernández, el homenajeado del número aniversario de Odradek. A los lectores alelados vale la pena refrescarles que el año II lo hemos inaugurado escribiendo acerca de un tópico singular: el espiritismo, las ciencias ocultas y Macedonio. Llama la atención, pues, que estas coincidencias se deban pura y exclusivamente a una casualidad. Las opciones posibles para resolver el entripado son pocas (y no excluyentes entre sí): a) hay un infiltrado entre nosotros que trafica información; b) ese infiltrado reencarna en Marías y en la señora Sarlo, y les dicta a ambos los 2000 caracteres que los colaboradores de Odradek tipeamos mes a mes con el sudor de nuestra frente, (ya sea para llegar a escribirlos, ya para no excederlos).

Adelantamos a la pluma de dos columnistas consagrados (por lo pronto, en términos de mercado y de lectores) y nos constituimos en “texto fuente” que se expande como la hiedra tejiendo recorridos insospechados.

De todas maneras, esto es para el caso lo menos importante. Lo que cabe destacar es hasta qué punto -leída a contrapelo de la historia- esta situación nos singulariza: adelantamos a la pluma de dos columnistas consagrados (por lo pronto, en términos de mercado y de lectores) y nos constituimos en “texto fuente” que se expande como la hiedra tejiendo recorridos insospechados. Pero hay además otro dato que nos hace “precursores” y cuyo hallazgo lo debemos a la aguda observación de un colaborador cuyo nombre mantendremos por ahora en el anonimato (sólo un dato: R.A.F.): la revista Papeles de Buenos Aires en el año 1946 prometía a todos aquellos que se hicieran suscriptores de dicha publicación seis números a \$30, de los cuales sólo cinco se dieron a la imprenta. Nuestro número 13, supersticiones de lado, es acaso el ejemplar faltante, el eslabón perdido de la cadena que desemboca en una reunión de textos en donde el espíritu de los nietos puso a correr la huija en direcciones insospechadas. Y este número 14 inaugura un nuevo ciclo, cuyo inicio celebramos borrachos de alegría.

Vanessa Pafundo

Año II - Octubre 2007 - Número 15

Muestra gratis

www.odradek.com.ar

domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Un cuento infantil

Estaba organizando mi primer viaje a otro país, también de habla hispana, y recuerdo que eché mano a dos argumentos ansiolíticos: uno, que no es tan fácil que un avión se caiga, así, de buenas a primeras; y el otro, que estaría a salvo de las dificultades de un idioma extranjero, no dominado, lo que seguramente haría más placentera mi visita.

Olvíde, por decirlo de algún modo, la posibilidad de incremento de los malentendidos ante un mismo vocabulario a partir de las diferencias de cultura, historia o ubicación en el planeta. Malentendidos que, a poco de llegar, me salieron al cruce de manera constante.

Pero para mi sorpresa, en ninguna de las ocasiones en las que la interpretación de las palabras de idéntica pronunciación fue atrocemente incorrecta, me sentí incómoda.

A tal punto que hasta llegué a

divertirme con las torpezas de la comunicación. Y también algo peor: estuve dispuesta a tomarme algunas licencias lingüísticas y hasta hubiera sido capaz de inventar giros idiomáticos sin sentido, fingiendo obviedad, sólo para ejercer mi poder de turista.

Manaban de mi tarea intelectual tales ventajas, cuando de pronto, el asimétrico dúo visitante-local se me transformó en adulto-niño. Y fue entonces cuando entre mis pensamientos, la idea de asemejar me a un educador, a un trabajador de la psicología o de la literatura infantil (incluyendo ilustradores), incluso a un padre, a una madre -en la versión menos codiciada de cada caso-, cayó como un látigo sobre mi conciencia.

Inmediatamente vino a mi mente un episodio de días atrás, que me había hecho pensar en la inocencia de la infancia y en la

ingenuidad de quienes la ignoramos.

Estaba en la plaza de mi barrio, era un lindo día soleado, y por allí cerca había dos madres hablando, mientras sus hijos en vez de jugar, no podían sustraerse del coloquio de ambas. Es que de verdad era atractivo, incluso para mí, oírlos parlotear en jeringozo sobre temas íntimos. Una de ellas se dirigió a mí como disculpándose: “Delante de los chicos una no puede decir nada - me dijo-, absorben todo como una esponja”. Sentí pudor y empecé a irme. Mientras caminaba, alcancé a escuchar a los niños, quienes queriendo apropiarse del dialecto para incluirse en la conversación, lanzaban como un boomerang errático una lluvia de sílabas -del tipo: apa-rapa-ipe-epa-tepa ...- que, al volver sobre ellos, los dejaba empapados en la total ridiculez.

Nora Martínez

Manualidades

La semana pasada llegó a la Biblioteca el pedido de librería que financiamos con la última cuota de nuestro subsidio anual; y Betty lo recibió con el semblante descompuesto por la felicidad y una mano temblorosa que apenas la dejaba sostener la Parker con la que firmaba el recibo.

La insistencia con la que se negó a que abriéramos juntas los paquetes debió ponerme en guardia, pero las tareas del archivo y la lluvia interminable habían anulado por esos días todas mis capacidades deductivas. La abundancia de cartones de diferentes grosores, placas de telgopor y pomos de ténpera que se ordenaron sobre su escritorio no me parecieron tan alarmantes como lo hubieran sido en un día de sol, y la elección de una librería artística como proveedor me pareció un poco frívola pero también un gesto de considerable elegancia.

Pero ayer, después de varias jornadas de casi absoluto encierro en el depósito del fondo, Betty desplegó en la Sala de Lectura los caballetes y el tablón que se usaron para las XXVII Jornadas de la Asociación de Bibliotecarios Municipales en agosto de 1996 y colocó allí una maqueta pulcra y precisa de nuestra Biblioteca, en escala 10:1.

Un minuto más tarde abandonó sobre el escritorio de Mesa de

Entradas un pedido de licencia por dos días y se sentó a mirar su miniatura, en una posición incómoda en la que permaneció por varias horas. Con un vistazo disimulado pude ver que la nota membretada explicaba el deseo de disfrutar allí mismo de su receso, para contemplar desde afuera el lugar que en realidad la rodea, para poder mover con menos ansiedad a la Betty chiquita ubicada detrás del escritorio minúsculo.

Pero la energía que a menudo la consume alejó rápidamente a Betty de la contemplación, fue al depósito en busca de lo necesario y llamativamente, con dos o tres toques de pegamento y unas modificaciones estratégicas apareció ante nuestros ojos un livingcito elegante y una Betty un poco más rechoncha.

En un susurro, el referencista me anotició de las similitudes entre el modelo a escala y la casa familiar de Betty, la gemela aparente que no era otra que la madre de mi amiga y el aniversario de su orfandad que se cumplía por esos días. Después de un rato, Betty consiguió poner su obra dentro de una de las cajas del pedido de librería, y salió a disfrutar de su licencia, con un semblante que confirmaba las bondades de hacerse un poco más liviano o, mejor todavía, volverse portátil.

María Martha Gigena

El jarrón negro

Ha perdido tiempo frente al espejo, atento a los detalles de su cara. Al salir tropieza con una mesa y ve caer el jarrón negro. Las perlas que contenía ruedan, junto con otros objetos que brillan en la penumbra. En un rincón detrás de una cortina, encuentra la ropa de su madre. Hojea unas partituras que nunca ha de tocar.

Arrodillado sobre la alfombra mueve la cabeza, atento a las palabras que aparecen y desaparecen en el silencio. Camina hasta la ventana, mira por el círculo que el calor de su mano traza sobre el cristal empañado. La calle iluminada flota en la niebla, pasa una madre con su hijo en brazos, que descansa su cabeza sobre el cuerpo que lo protege.

Amanece, despierta y descubre talco sobre el saco azul, huellas de las perlas en la cara. Tirado sobre la alfombra levanta los pedazos del jarrón, las perlas del collar de su madre.

Amanece. Llaman a la puerta, es su madre que saluda sin abrir y se va. El golpe seco del ascensor que se detiene. No volverá hasta el atardecer.

Irá a disculparse por los ruidos de la noche, los vecinos dirán -como siempre- que no oyeron nada. Entonces tratará de dormir, después de besar la ropa de su madre, como tantas otras veces.

Germán García

Encajes

Había una vez era una joven de soslayo recortada en el marco de una puerta. Un vestido de seda negro con aberturas caladas le amoldaba el cuerpo de piernas como mimbre, atribuyéndole formas tupidas. La piel muy blanca a través de las aberturas caladas sobre el negro, la muchacha se puso a acariciar los cuernos de un ciervo que parecía herido, tirado contra un arpa.

Extrañado por haberse detenido a mirar una vidriera de la avenida Callao, se dijo que el día había empezado mal, su portafolios seguía pesando casi como al salir de su casa. Al cabo de visitar a dos médicos, de los ocho que reclamaba su agenda, encaró para el Congreso, cruzó la avenida en dirección al Bajo y se sentó en uno de los taburetes del mostrador de un café, de espaldas a la calle. Pidió un cortado y una medialuna de grasa. Un bombo le hizo alzar instintivamente la cabeza hacia el gran espejo del bar. Retumbaba desde un camión atestado de hombres, casi todos jóvenes, de rostros macilentos y decididos, que gritaban sin ganas, como si babearan, el nombre de Palito Ortega.

En el extremo del mostrador que daba al fondo, un chico, de pie, lo miraba fijo.

- De grasa, le dije. Déme lo que yo le pido, no lo que a usted se le ocurre- le dijo al mozo que se acercó a atenderlo.

- No me hable así- dijo el mozo al colocar el cortado junto a la medialuna que le acercó el chico.

Bajó del taburete, dio media vuelta, tiró con su mano derecha unos billetes sobre el mostrador y se fue masticando insultos.

El camión había desaparecido. Fue bajando por Callao, y a pocas cuadras de Libertador una gran vidriera iluminada en plena tarde, en la vereda de enfrente, lo sacó de mirar sin ver. Un biombo de dos paneles anunciaba desde el interior, escrito a mano y en firulete:

Había una vez

La muchacha de negro detuvo sus ojos en él. No tardó en comprender que era un error. La muchacha había dejado de acariciar los cuernos del ciervo para suspender su mirada entre la avenida y el escaparate donde estaba él.

Reflejado en la vidriera, apareció el camión, detenido junto al cordón. Vio que el mozo y el chico se descolgaban sin apuro y caminaban hacia él.

Alrededor de la muchacha se agolpaban otras imágenes y se dispersaban, como los movimientos de una multitud.

Oswaldo Tcherkaski

Los cuarenta

Pasó de golpe, casi sin darme cuenta.

Yo sé que es un número importante, pero no me conmueve, ni siquiera lo tengo presente. De todas maneras esto pasó recién, ahora, está pasando, en realidad, estoy llegando a esa cifra hoy mismo, hoy, jueves, 27. El cuatro y el cero juntos.

El Ponchi opina que estoy hecho mierda. Que soy un viejo y que falta poco para que me muera. Cuando le pregunto si me ve viejo él contesta “muy”. Se le pegó el lenguaje de los adolescentes. Dice “boludo”, dice “finde”, dice “te llamo en quince”. Odio que hable así. Le regalé un diccionario enciclopédico de la lengua española, la última edición, la más completa y lo obligo a memorizar vocablos poco usados para que, de vez en cuando, me sorprenda con palabras tan lindas como “abedul” o “vituallas”. Incluso le cito versos para estimularlo en la investigación. Le digo, por ejemplo: “Ataviada de pencas, de gladiolos: cómo fustigas, madre, esas escenas de oseznos acaramelados, esas mieles amargas...”. Y él se pone furioso porque no entiende. Una vez me dijo:

El Ponchi opina que estoy hecho mierda. Que soy un viejo y que falta poco para que me muera.

Cuarenta. Un número grande. El Ponchi se asombra que alguien haya acumulado esa cantidad de años. Yo le explico que no es tanto, que hay gente de sesenta -su abuela por ejemplo- y gente de setenta y siete -su bisabuela-, pero a él le causa gracia. Y se ríe. Y me dice que su bisabuela es más vieja que dios. Yo le pregunto a qué se refiere cuando dice “dios” y él, que me conoce más que mi propia madre, evita responder para no entrar, otra vez, en una de nuestras discusiones interminables.

Ariel Bermani

La mejor madre

“La mejor madre -dice la mía- es aquella que más sufre por sus hijos”. Está claro que desde ese punto de vista es difícil para mí ganarle. En un ángulo del ring se apilan miles de argumentos a su favor: ella nos crió sin pañales descartables, sin freezer, sin microondas, con calefacción y refrigeración deficientes, sin celular... Yo vivo en un mundo mejor y encima puedo contar con una señora que cuida a mi hija incluso cuando los ingresos familiares no son nada fuera de serie. Pero se puede, hoy se puede, antes no. Antes solo las ricas tenían una chica para que cuidara a los hijos. Pero además, no estaba del todo bien visto dejar a los pibes ahí tirados con una desconocida. Es que antes la madre no trabajaba. He ahí algo a mi favor: “Yo TENGO que trabajar, no es que me encante dejar al bebé con alguien y desaparecer ocho o nueve horas todos los días. Tengo que trabajar, y eso es bastante sufrido, ¿no te parece?”. Pero no, no le parece. Porque considera que eso es igual a libertad, a realización, a felicidad, a crecimiento... y todo eso -obvio- me hace una madre de mierda.

“Pero te digo que sí, que sufro”, trato de

explicarle y casi me pongo a llorar. Y entonces cuando me ve así, muy angustiada, me dice que me entiende, que me acostumbre porque ser madre es sufrido... y yo le digo que a veces es más sufrido ser hija. Y me dice que sí, que también, “porque lo verdaderamente terrible es ser mujer”. Yo entonces me saco. Ahí sí que estoy segura de que no tiene razón, porque tengo una hija mujer y quiero que sea feliz. “Es que va a ser, va a ser... -me contesta- y después, cuando tu hija sea madre, vas a ver que no sufre nada y vas a ver... vas a ver la bronca que te va a dar. Y entonces le vas a hablar de la importancia de sufrir para ser una buena madre”. “Andá a cagar”, le digo. Y no me contesta, nomás se levanta la blusa y me muestra la herida de la cesárea, que le va del ombligo hasta la loma del orto y está toda como mal cosida. En cambio yo tengo una rayita de nada, menos de un cuarto de esa terrible cicatriz que tiene mi mamá, y la mía es blanquita y prolifera y puedo usar bikini que ni se ve porque el médico, cuidadoso, la hizo bien abajo y perpendicular a la de mi mamá.

Yanina Bouche

El templo Shao Lin de mi madre

Jorgito me había prestado su capa de Superman (en realidad se la había olvidado abajo del banco y yo, en lugar de correrlo, me la llevé a casa, para poder jugar el fin de semana). Cuando llegué, mi madre me miró como enojada. Yo, asustado, me apuré a aclarar mi inocencia ante el casi obvio delito que mi capa delataba. Sin embargo, ella me obligó a sacarme la capa diciendo “¿para qué querés imitar a ese mierda de Superman? ¿Qué hizo ese idiota para tener esos poderes? Nada, nació así. Vos ya naciste y poderes no tenés... ¿Y qué significa eso? ¿Que nunca los vas a tener? Porque naciste sin saber hablar, y creo que ahora te las arreglás muy bien para decir pelotudeces”. Después me arrancó la capa y empecé a golpearlo severamente al grito de “para ganar algo, primero vas a tener que sacrificarte, pedazo de mierda”.

Ese recuerdo de mi madre, a floró esta semana cuando por casualidad, llegó a mis manos una copia de una película de 1978 llamada “Shao Lin san shi liu fang” (traducida como “Las 36 cámaras del templo shaolin”). En dicha película, la familia de San Te (interpretada por el genial Chia Hui Liu, más conocido por haber interpretado a Pai Mei en Kill Bill Vol.2) es asesinada por el régimen dictatorial que se instala en un pequeño poblado chino. San Te logra escapar y llega, mal herido, al templo Shao Lin. Una vez que se recupera pide a uno de los monjes del templo que le enseñe Kung Fu. El monje le informa que existen en el templo treinta y cinco cámaras, siendo la uno la más avanzada. Ansioso, el joven le pide al monje empezar por la más difícil, y éste acepta. Al entrar a la cámara uno, se encuentra con que en esa se están trabajando cosas de filosofía budista extremadamente avanzadas, que él no consigue comprender. Decepcionado, San Te es enviado a la cámara treinta y cinco para comenzar su entrenamiento. A fuerza de perseverancia, el joven entrena día y noche, hasta lograr superar las pruebas de las treinta y cinco cámaras en tan solo cinco años. Pensé entonces en la indignación de mi madre al verme idolatrar a un “héroe nacido en cuna de oro” y comprendí la lección que intentó darme. Gracias madre por tus enseñanzas.

Mariano Quintero



“Arzabalera” - Nora Martínez